

¡Cómo iban a adivinar estos dos abonados a todos los teatruchos y garitos el drama que bordearon! Una madre muerta de dolor, suicidada, ¿quién sabe!, porque se encuentra entre un terrible dilema: o aceptar en silencio que su único hijo sea traicionado por su mujer, o ser deshonrada en la estimación de él; y la esposa del hijo, presa de tal remordimiento ante aquella catástrofe, obra suya, que no puede ver sin horror al hombre por cuya causa cometió tal asesinato... La secreta y misteriosa equidad de las cosas quiso que la infortunada Enriqueta hubiese salvado, al menos, el honor del hijo en aquella suprema expiación de las faltas de su vida. Porque Elena se consagró a él con un ardor del que Roberto no sabrá nunca la verdadera causa. El la atribuye a la conversación de su mujer con su madre, y no está lejos de reprocharse haber apresurado por la emoción que le causó la confidencia la muerte de aquélla, atribuída por los médicos a una lesión cardíaca.

## LA PRUEBA

### I

Aquella tarde Jorge Couterot estaba casi contento al regresar de su largo paseo, el primero que se había permitido desde su llegada a Nauheim tres semanas antes. Su angustiosa inquietud por el estado de su joven esposa se había calmado un poco a consecuencia de una conversación sostenida por la mañana con el médico del balneario. Sólo el nombre de la pequeña ciudad alemana dice bien claro la naturaleza del mal que aquejaba a la señora de Couterot. Nauheim es para ciertos desórdenes cardíacos lo que Carlsbad y Vichy para las enfermedades del hígado, y Wildbad, Ragatz o Nerís, para las neurosis.

— No estamos más que en el duodécimo baño —había dicho el doctor Kraft— y ya se nota un progreso asombroso. El corazón ha disminuído en un octavo. —Y sacó de su cartera una hoja de papel cuidadosamente doblada entre cincuenta más. A la vuelta estaban escritas en alemán estas palabras sinistras: «Corazón de la señora de Couterot.» El concienzudo médico tenía el cuidado, cuando se le

presentaba un nuevo cliente, de hacer un gráfico exacto del corazón que tenía que cuidar, y a cada nueva consulta, con un grueso lápiz de dos puntas, que jamás abandonaba, marcaba con puntos el estado actual del órgano. El lápiz rojo le servía para marcar las líneas de mejoría; el negro, las otras. ¡Cuántas veces el marido angustiado había visto con horror a los colegas del profesor Kraft, y al profesor mismo, pasearse por las avenidas del parque con uno de esos macabros dibujos en la mano! Aquellos especialistas de la más misteriosa y de la más terrible de las enfermedades, se enseñaban unos a otros notables ejemplares de dilatación, mejorados o agravados. La ferocidad técnica, si podemos llamarla así, naturalmente asociada en los médicos a las más altas virtudes de caridad, les hacía admirarse ante aquellos gráficos de algunos «hermosos casos». ¿Cómo un hombre perdidamente enamorado de su mujer, y que desde hacía unos meses se estremecía hasta lo más profundo de su alma por un ahogo, por una palpitación de aquel pecho débil, no iba a sentirse herido en su fibra más sensible por esos profesionales de las *endocarditis*, de las *pericarditis*, de las *insuficiencias mitrales*, de las *miocarditis*, de los *aneurismas valvulares o parciales*, fórmulas siniestras todas, que el desgraciado había leído, sin comprenderlas, en libros especiales? Cualquiera que fuese de aquellas lesiones la que aquejaba a Berta, para Jorge esa enfermedad era un desastre, era la catástrofe posible de todas las razones de su existencia. Para los médicos era un diagnóstico que hacer y una experiencia que registrar. Nada más. Es sabido que el efecto de las aguas de Nauheim sobre los desórdenes de la circulación sigue siendo objeto, entre los sabios, de discusiones entabladas con ese encono con que sostienen o combaten teorías de ese género. ¿Qué le importaba hoy

todo a Couterot? Desde el momento en que se trata de una enferma amada con pasión, la invencible energía de la esperanza está siempre pronta para despertarse en nosotros. Por centésima vez en el año que hacía que la grave enfermedad de su mujer le era conocida, la había visto, con el pensamiento, curada sólo al oír al doctor alemán repetirle con el acento de las riberas del Rhin: «Sí. Asombroso... Marchará de aquí con el corazón tan normal como el de usted y el mío... Únicamente es preciso evitarle toda emoción. El tratamiento cansa mucho. Por otra parte, no hay peligro estando usted para cuidarla. No la cuide demasiado; eso es todo. Y después, *gozar de la presencia.*»

Ese germanismo que significaba: «gozar del presente», había divertido a la misma enferma, a quien Couterot se lo había repetido, pero sin decirle el resto: aquella recomendación de evitar las menores emociones. El digno señor Kraft, el clínico corpulento, colorado e hirsuto, de gafas de oro, no era el primero que había dado aquel consejo, demasiado revelador en su sencillez. Bien fácil parecía de seguir. Los Couterot eran ricos. Jorge, después de haber ocupado un cargo diplomático, había pedido la excedencia. No teniendo ni hijos ni parientes, las consecuencias que los incidentes de la carrera, de fortuna o de familia pudiesen tener sobre una salud amenazada, parecían, pues, evitadas de antemano para Berta. Y, sin embargo, aquel marido que no vivía, que no respiraba más que por su mujer, no había cumplido aquella indicación sino a costa de un esfuerzo heroico. Un vicio congénito, quizá, mejor dicho, una desgracia, le hacía muy difícil ese dominio de sí mismo sin el cual es imposible establecer una atmósfera de tranquilidad en torno de un ser enfermo. Era de esa raza de la cual Shakespeare y Molière, que

también pertenecieron a ella, han encarnado la desdicha en aquellos dos tipos inmortales, trágico el uno y cómico el otro, los dos impresionantes: Oteló y Arnolfo. Jorge Couterot había nacido celoso. Había en él esa mezcla de sensibilidad ardiente y de imaginación descabellada, de tierna exaltación y de instintivo recelo, que no permite a ciertas almas ni el descanso en la felicidad, aun la más positiva, ni la certeza en el cariño, aun el más evidente.

Después de diez años de matrimonio, no soportaba sin una interior turbación, que pronto llegaba hasta el sufrimiento, una conversación demasiado larga de un extraño con su mujer en sociedad, ni las visitas demasiado frecuentes de alguno de sus propios amigos. El carácter profundamente morboso de las impresiones de esta clase ha sido estudiado también por esos divertidos catalogadores de todas nuestras debilidades, por los médicos, los cuales han asimilado a las «fobias», a los terrores irrazonables e irresistibles de los maniáticos, esas fiebres de sospecha encendidas en las venas del celoso por el más insignificante de los indicios—el pañuelo de Desdémona en las manos de Casio—, y los cuales han hecho notar ese rasgo común a los celos y a la locura, la absoluta incapacidad durante el acceso para reparar lo imaginario de lo real. Para Oteló, concebir una idea es crearla. Aun en la época en que su mujer no estaba enferma, ¡se había reprochada Jorge tantas veces aquella detestable enfermedad! ¡Se había avergonzado tantas veces de no poder mirar el sobre de una carta dirigida a Berta sin experimentar el deseo de abrirla; ni de verla entrar en casa, sin sentir deseo de preguntarle: «¿Dónde has estado hoy? ¿A quién has visto?» De diez veces, nueve no formulaba la pregunta injuriosa; pero la décima lo hacía. ¡Quién sabe si los sobresaltos causados a la joven por esa celosa

susceptibilidad de su marido no contribuyeron a desarrollar en ella el terrible mal que ahora amenazaba con arrebatarla a la primera emoción demasiado fuerte! Couterot era sincero cuando era verdaderamente dueño de sí, para no darse cuenta de la sinrazón cometida en diversas ocasiones con Berta al mostrarle sus inicuos celos. Y la quería muy profundamente para no tratar, desde que la supo enferma, de ocultarle sus nuevas crisis. Porque no había cesado de tener, por desgracia, momentos de funestas y odiosas sospechas, aun en presencia de los síntomas de que aquel ser encantador era víctima. Un celoso lo sería de una moribunda... Pero no somos responsables de nuestras impresiones: lo somos de nuestros actos. En los hechos, Jorge podía vanagloriarse de que ni una palabra ni un gesto habían traicionado los accesos de desconfianza que hubiese podido sufrir en aquellos últimos meses. Una vez más, aquella tarde, y durante su paseo por los bosques que cercan a Nauheim, después de la confortadora consulta del médico, se había examinado sobre aquel delicado punto y había reconocido sus progresos con una alegría un poco triste. Una noble conciencia no se perdona ciertas tentaciones aun cuando triunfe de ellas.

— Si ella curase—se decía—. Y sin embargo, hay casos de verdaderos milagros producidos por estas aguas. Kraft me ha citado algunos de que no puedo dudar: la señora de Lautrec, Lady Hemsley y otros cuantos. —A su mente se agolpaban nombres que se repetía con una necesidad casi física de dar una forma concreta a su esperanza.

— ¡Dios mío! ¡Si yo la viese tal como estaba hace tan sólo dos años! Andaba, corría, bailaba...—y evocaba otras imágenes: Berta caminando ágilmente con él cuando en París iban a misa juntos, desde la

avenida Bosquet, donde vivían, hasta la iglesia del Gros-Caillou; Berta jugando al *tennis* sobre el césped, delante de la casa de campo en Turena; Berta arrebatada en el torbellino de un vals en los últimos bailes a que asistieron. ¡Ay! Fué al salir de ellos cuando él tuvo con ella la más dolorosa explicación en la berlina que los conducía, porque la había encontrado demasiado complaciente con Máximo Fau-riel, el conocido pintor.

— ¡Ah!—pensaba al acordarse de aquella noche y de aquel camino—. ¡Cuánto la he atormentado! ¡Qué duro y qué injusto he sido con ella!... Siquiera desde que está enferma le he evitado esas escenas. ¡Que se cure y hago promesa de evitárselas siempre!... Sí, se curará, se curará...—Con estas palabras indefinidamente repetidas se había prolongado su paseo. Todavía iba diciendo cuando volvía, y cuando a través de las ramas de los árboles se perfiló el tejado rojo de la villa Hoffmann, donde su mujer y él tenían su habitación. Parecía como si de aquellas sílabas emanase para el una sugestión de valor. No se cuidaba de los que pasaban por las avenidas del parque, que de ordinario le atormentaban con sus siluetas dolorosas. ¡Todos ellos, atacados del mismo mal que Berta, iban y venían con movimientos tan lentos, tan despaciosos! Se veía que el prudente doctor Kraft y sus camaradas les habían prohibido, bajo las más terribles amenazas, los movimientos demasiado vivos, los pasos muy apresurados, la libre y espontánea manifestación de la vida. Por todas partes se percibían caminos cuyas pendientes graduadas servían para comprobar los resultados conseguidos por las aguas.

Algunos paseantes se aventuraban en ellos y se sentaban cada veinte pasos. El raudo vuelo de las negras cornejas que poblaban el parque contrastaba de un modo casi fantástico con la manifiesta esclavi-

tud de hombres y mujeres que iban allí a pedir a las fuentes que manaban en aquella tierra un poco de energía para su pobre corazón perturbado. ¿Qué le importaban a Couterot en este momento las miserias ajenas? No se preocupaba de ellas (y esa es la historia de nuestras piedades) sino cuando él sufría bastante con su propia inquietud pensando en su mujer a la vista de aquellos cardíacos. Después de su conversación con Kraft ya no eran para él más que símbolos de lo que hubiera podido ser Berta y de lo que ya no sería. Poco faltaba para que aquel espectáculo de dolor no fuese para él una alegría. Se tienen ferocidades de éstas cuando se ama lo suficiente para hacer girar el mundo entero alrededor de una sola cabeza.

## II

Jorge estaba, pues, de un humor casi alegre (había sufrido, no obstante, mucho para que aquella vuelta a la esperanza no le dejase todavía quebrantado) cuando entró en el salón de la villa en que le esperaba la enferma. Eran cerca de las cinco, la hora del te, que antes tomaban juntos. Ahora, pequeño detalle, pero que tenía su muda y triste elocuencia, estaba solo para tomar ese te, pues aun este ligero excitante corría riesgo de ser peligroso para ella, a quien no se permitía beber más que leche mezclada con agua mineral. Berta, con un encanto de ternura que hubiese debido curarle para siempre de todo recelo (pero nada hay evidente para el celoso que sus quimeras), se afanaba preparando ella misma todo lo necesario para la merienda de su marido, como en el

tiempo de su viaje de novios cuando paseaban su dicha reciente a lo largo de los caminos de Italia. Entonces, como hoy, la exquisita criatura tenía la habilidad de hacer íntimas las instalaciones provisionales en los cuartos de los hoteles o en las viviendas alquiladas. Pero entonces ella estaba lozana, contenta, buena, y no hoy, que, consumida por el mal que la minaba, tenía esa lividez, esos ojos brillantes, esa boca descolorida de los seres heridos en un punto vital. En el momento en que Jorge abría la puerta, acababa ella de tenderse otra vez sobre la *chaise longue*, después de encender el diminuto infiernillo de plata sobre el que hervía el agua, y su hermoso semblante demacrado destacaba su sufrimiento sobre los blandos almohadones de seda azul que ella llevó. El tono claro de sus cabellos resplandecía al sol poniente, cuyos oblicuos rayos entraban por las rendijas de las persianas corridas. Así echada, su cuerpo grácil, dibujado apenas bajo la seda de su bata de encaje con cintas moradas, con sus brazos desnudos asomando por las amplias mangas, y la punta de sus pies encajada en sus chapines de piel blanca, era una aparición tan inquietante como deliciosa, por la delicadeza, por la impresión de una sutilidad demasiado nerviosa. Las palabras del médico seguían vibrando en los oídos de Jorge, y con voz alegre, un poco fingida y, sin embargo, sincera, dijo:

— No tendrás que decirme que soy perezoso... Desde que te dejé no he cesado de andar... He llegado hasta el pueblo de... Esos nombres alemanes son muy difíciles de pronunciar y no lo digo. En fin, he caminado lo menos tres leguas. He ganado bien mi taza de te. ¿Y tú?

— Yo sigo sintiéndome muy bien—contestó ella. Luego, con un poco de vacilación, mientras vertía el agua hirviendo en la tetera—: Sólo he sentido ha-

berte obligado a salir porque hubieses tenido una visita que te hubiera distraído un poco, en tanto que a mí me ha aburrido...

— ¿Una visita?—preguntó él. Su acento continuaba tan tranquilo, que la joven esposa pareció como aliviada de un peso. Sonrió infantilmente, y cogiéndole la mano le dijo:

— ¡Si seré tontal! ¡Querrás creer que me pesaba haberle recibido?... También es verdad que era muy difícil no hacerlo. ¡Este criado de la villa es de una torpezal... Oigo a alguien que llama, que después pregunta en la antecámara si estoy, y el criado que entra a entregarme la tarjeta, sin cerrar siquiera la puerta... Después de contestar «Que pase», me asaltó la idea: ¡Con tal que Jorge no se disgustel...

— ¡Pobrecita mía!—dijo Couterot—. ¡Cuánto tengo que haberte hecho sufrir con mis locas imaginaciones para que tú me hables así... Sin embargo, yo creía haberte demostrado que ya no las tengo... Mírame bien a la cara. ¿Ves que yo tenga el aspecto de un celoso que va a comenzar un interrogatoriol... Vamos, señora, dígame quién es el buen señor de París que ha hecho todo este viaje para venir a hablarla en ausencia de su marido...

— Gracias—respondió ella con una sonrisa de niña alentada, y con un tono resuelto añadió—: Pues bien, el señor es alguien que mi marido no estima mucho, jamás he sabido por qué, puesto que es un hombre muy agradable y que tiene talento: es Máximo Fauriel.

— Máximo Fauriel—repitió Jorge.

Esperaba tan poco el nombre del pintor a la moda, de quien tan celoso había estado una noche, que su mujer no pudo contener otra sonrisa un poco nerviosa, porque no estaba ya completamente tranquila.

— Pues sí— continuó ésta—. La cosa es muy sencilla. Parece que Fauriel está en plan de hacer un viaje en automóvil con unos amigos por esta parte de Alemania. Se detuvieron en Nauheim para almorzar, en camino para Francfort. Vió nuestro nombre. Recordó que yo estaba enferma, y ha tenido la gentil idea de venir a preguntar por mí. Ya sabes lo que me ha obligado a recibirle. Ha estado aquí una media hora. Yo he insistido para que se quedase, porque hubiese preferido que le encontraras al regreso. Como tardabas, y él no viajaba solo, y el tiempo de su visita estaba contado... ¿Me prometes que no tendrás otra crisis?...

Y su rostro reflejaba una verdadera súplica. Ella, que sufría diariamente aquellos ataques siniestramente denominados de angina de pecho, durante los cuales se creía morir de angustia, de ahogo, de dolor, hablaba de crisis a propósito de esos accesos de sospechas tan injustas, tan irrazonadas, tan gratuitas, que asaltaban a su marido. No se las reprochaba, pero las sentía. Jorge Couterot no habría sido el hombre que era, generoso y tierno, fuera de sus horas de aberración, si no le hubiese impresionado esa delicadeza. Sinceramente respondió:

— No sólo no tendré crisis, sino que estoy muy reconocido a Fauriel por haber venido a saber cómo estabas. Esta atención me reconcilia con él, porque es verdad que su recuerdo está asociado en mí a otros dolorosos, casi a remordimientos. ¡He sido tan injusto contigo una noche por su causal... ¿Querrás creer que estaba pensando en él mientras me paseaba? Es extraño. ¿No? ¡Precisamente cuando él estaba aquí... Pero dejemos esto. Prefiero que me digas qué noticias te ha dado de París...

Sí, era sincero al decir esto, era sincera su voluntad de evitar a su mujer, tan enferma y tan querida,

escenas como las pasadas. Y, sin embargo, su serenidad de hacía un momento había disminuído. Oía a Berta refiriéndole minuciosamente la conversación que había tenido con el visitante de paso. Evidentemente quería ella recordar hasta el menor detalle para no dejar lugar a ningún equívoco entre ella y su marido. Bien lo comprendía Jorge; pero no por eso dejaba de sentir menos el malestar, bastante impreciso todavía para que pudiese sin demasiada violencia ocultarle a la enferma durante la cena y la velada. Cuando a eso de las diez se separaron, con razón pudo decirse en su cuarto, mientras se preparaba para dormir:

— Kraft estará contento de mí. Bien he ocultado a Berta esta noche lo desagradable que me ha sido esa visita. ¡Bah! Mañana ya no pensaré en ella.

Y se acostó con esa seguridad, apagando la luz en seguida, con prisa de sumirse en ese sueño que tan bien conocen todos los que han sufrido una obsesión dolorosa. Aun no se había dormido y de pronto una idea surgió en su pensamiento, cuya sola aparición le proporcionó una de esas pequeñas fiebres nerviosas, síntoma precursor, bien lo sabía, del acceso próximo. Recordó que aquella tarde Berta le había obligado a dar un largo paseo con una extraña insistencia. Bromeando le había dicho él:

— Voy a librarte de mí una o dos horas. ¿Estás contenta?

— Sí—había respondido ella bromeando también...

¿Bromeaba?... Jorge Couterot vió rápidamente una coincidencia entre la actitud de su mujer y la llegada tan completamente insospechada de Máximo Fauriel a Nauheim. El espíritu no tiene dos métodos. La fórmula con la cual los sabios construyen sus leyes: «Todo pasa como si...» es la que instintivamente es-

tablece todo hombre que va buscando relaciones de causa a efecto entre hechos que le preocupan. Si Berta sabía que Fauriel vendría a verla, ¿qué más natural que librarse así de su marido? Jorge había entrevisto esa hipótesis de repente. Pero la encontró tan absurda, que todas las potencias de su alma se rebelaron. Para qué Berta supiese el paso de Fauriel por Nauheim, era preciso que se cartearan sin él saberlo... Durante algunos instantes, ese razonamiento calmó la fiebre de que el celoso se sentía invadido. Por regla general el correo llegaba a eso de las once, y tan pronto era a él como a ella, algunas veces a los dos, a quienes el portero de la villa entregaba la correspondencia; y de diez veces, nueve, el apartado lo hacían juntos. ¿Era aquello compatible con la organización de una correspondencia clandestina? Jorge se respondía que no; pero la energía misma con que se repetía esa sílaba: «no, no, no», probaba sobradamente que el acceso iba a reanudarse... ¿No? Cuando una mujer engaña, el a b c de su diplomacia ¿no estriba precisamente en multiplicar los pequeños detalles naturales que impidan el nacimiento de toda sospecha? Un nuevo recuerdo se le apareció. Jorge se veía entrando en la habitación de Berta, hacía tres o cuatro días, y hallándola ocupada en romper cartas. ¿Qué cartas? ¿Por qué aquellas lindas manos (su movimiento estaba allí, delante de sus ojos) se encarnizaban reduciendo a pedazos pequeñísimos las hojas de papel, reveladoras de qué?... Entonces no había visto en aquello más que una prueba del cuidado que Berta ponía en todas sus cosas; era muy natural que escribiendo íntimamente a sus amigos o a sus parientes de Francia, y recibiendo las mismas íntimas respuestas, procurase no dejar huella alguna que por una casualidad cualquiera pudiese caer en manos indiscretas. La sospecha había acabado por hacer tal

estrago en la imaginación atormentada del marido, que impulsivamente, después de rebelarse contra la sola idea de una indagación indigna, se levantó, y con una vela en la mano se deslizó de puntillas, como un ladrón, hasta el gabinete. ¿Encontraría quizá en aquella papelerera, en un cajón, en las hojas de su cuaderno de notas, un indicio siquiera para sorprender una línea, una palabra?... No comprendió la vergüenza de su espionaje hasta que se convenció de su puerilidad. En la papelerera no había más que invitaciones partidas y los periódicos de la víspera. Todos los cajones tenían puestas sus llaves, y cuando colocó el papel secante delante del espejo, la primera línea que leyó era la dirección de un comerciante.

— Estoy loco—se decía al volver a su cuarto, y escuchaba para ver si salía algún ruido de la habitación donde dormía la encantadora mujer a la que estaba ultrajando secretamente. Es tan vergonzosa como estúpida una pesquisa semejante. ¡Como si Berta no tuviese otros medios de sostener una correspondencia secreta!... Pero no; ella no la sostenía; eso era insensato. ¿Otros medios?... El año pasado se había entablado un proceso de divorcio entre personas de su intimidad. El hecho capital consistía en que el marido, ciego hasta entonces, había descubierto el papel que una criada desempeñaba sirviendo de intermediaria. Los amantes se escribían bajo su protección. ¡Qué ultraje más tremendo también este de suponer una innoble complicidad con una sirvienta!... Jorge rechazó desde luego esa idea con una repugnancia que no sintió cuando de pronto se irguió ante un nuevo recuerdo. Había ya llegado a aquel punto de locura en que los menores indicios prevalecen contra todos los escrúpulos. ¿Acaso no sostuvo quince días antes una ligera discusión con Berta por causa de su camarera? Por un descuido de ésta, él había hablado

de despedirla, y la enferma se opuso tenazmente. Estaba muy delicada—dijo—para no temer un cambio de servicio, aunque éste fuese muy imperfecto. ¿Era ese el verdadero motivo? El celoso se sorprendió al intentar recordar toda la historia de las relaciones de Berta y aquella sirvienta durante los dos años que llevaba en la casa. ¿Es que no habían cambiado aquellas relaciones? ¿No tenía ahora la doméstica unos humos que probaban una complicidad?... ¡Qué desgracia para un hombre que se tiene en algo, dejarse sugestionar por tales cosas! ¡Qué desgracia también emplear toda la fuerza de su inteligencia en exámenes retrospectivos, en los que todas las imágenes del pasado se falsean y los celos que proyectaron aquel espejismo creen encontrar en él la realidad! Era necesario, sin embargo, un apoyo para las sospechas cuyo quimérico y monstruoso edificio acababa de erigir Jorge. Para que Berta pudiese sostener aquella correspondencia secreta con Fauriel, era necesario que hubiese habido entre ellos otras relaciones en París. Las oficiales, las únicas que el marido conocía, se limitaban a simples encuentros en casa de amigos comunes y a mutuos convites. Los Couterot habían sido invitados a la casa de los Fauriel, a quienes ellos habían invitado a su vez. Se había hablado de que el pintor de moda hiciese el retrato de Berta. Para ello había ido a su casa con bastante frecuencia. En esto llegó el famoso baile. El proyecto del retrato se abandonó. Los dos matrimonios no tuvieron más que relaciones muy distanciadas. ¿Era posible que entre el artista y Berta se hubiese establecido una intimidad que el marido no había sospechado y de la cual aquella visita al balneario no sería más que un episodio? Pero ¿qué intimidad? Hagamos a este desgraciado la justicia de que él no llegaba en su demencia a concebir que Berta pudiese ser la

querida de Fauriel. Mas si ella se había dejado hacer la corte sin él saberlo, era suficiente. Ante esta idea se revolvió en su lecho, víctima de ese devorador apetito de saber a toda costa la verdad, que hace de un celoso un loco, capaz, para apagar esa sed y ese hambre, de las más deshonrosas astucias y de las más graves violencias, sin perjuicio de verter después las lágrimas de sangre del moro cuando exclama: «¡Yerta, amor mío, como tu castidad!...» Y añade: «Cuando nos encontremos en el Juicio, tu mirada bastará para arrojar mi alma del Paraíso...»

### III

Aquella recaída en la manía funesta no hubiera tenido otra consecuencia probablemente que una noche de insomnio para Jorge Couterot, a no haber sido por un incidente insignificante. Pero un celoso exaltado es como el caballo que galopa y al cual el tronco de un árbol, un peñasco, un papel que revolotea, impulsan de pronto a una carrera vertiginosa y mortal.

Jorge se había levantado bien resuelto a dominarse. Las primeras miradas que cruzó con Berta le mostraron la necesidad de ello.

— Estás pálido—le había dicho ella en seguida—. ¿No has dormido bien?...

— Admirablemente—respondió él—. ¿Y tú?

— Yo he estado un poco nerviosa—contestó ella—. Me he despertado más de veinte veces... Me pareció que andaba en la casa...

— Yo no he oído nada—se apresuró él a replicar.

Eran sus pasos los que la enferma había sorprendido, sin adivinar la verdad felizmente. El más pequeño indicio podía revelárselo, y el marido celoso se dió mentalmente palabra de honor de no permitir que la pobre sufriese las consecuencias de una crisis que ya desaparecía. Se veía bien claramente que ella pensaba, sin querer renovar la conversación del día anterior, en el efecto que la visita de Fauriel podía haber producido en él. Aquella inquietud debía ser bien manifiesta, porque el rostro del profesor Kraft expresó cierto asombro cuando vino a auscultar a su cliente a la hora acostumbrada.

— Es menester que el baño sea hoy menos fuerte que ayer—dijo extendiendo una receta—. ¿No ha cometido usted ninguna imprudencia, señora?... ¿No ha caminado muy de prisa, tocado el piano?... ¿No?... Hay un poco de retroceso. No será nada. ¡Sobre todo, ninguna emoción!

Esa ligera agravación de los síntomas se explicaría si Berta ocultara en su vida un secreto sentimental, y ese secreto fuese una viva afeción para el visitante de la víspera. Y no se explicaría menos si, a pesar de que no tenía nada de que acusarse, ella temiese una renovación de los celos de Couterot, el cual, de tal manera se había dominado, que esta hipótesis le vino sola al pensamiento. Si el profesor Kraft, en lugar de ser un sólido pero *Badearzt* alemán, hubiese sido un sutil médico parisiense, habría notado cierto remordimiento en el tono con que el marido de su cliente respondía:

— No tendrá ninguna emoción, doctor. Se lo prometo.

No hacía veinte minutos que había hecho esa promesa con todo el ardor de su cariño avivado por el arrepentimiento, y después de acompañar al doctor y de llevar a Berta hasta la puerta del balneario, se

había sentado en uno de los bancos del parque delante del hotel, abandonándose a esa languidez que sigue a los largos insomnios, cuando llamó su atención un repartidor de telegramas que distraídamente, mirando a todas partes, llevaba un despacho en la mano. En seguida reconoció al muchacho que servía en la casa Hoffmann, y sin pensar demasiado en lo que decía, le detuvo y le preguntó, dando su nombre, si llevaba un parte para él. El muchacho no tuvo ningún inconveniente en darle el telegrama que desde luego llevaba el nombre Couterot, pero precedido de «señora».

— Siempre que no sea alguna mala noticia—se dijo Jorge—. Es preferible que lo abra...

Tal precaución era natural; pero en su deseo de no mostrar más desconfianza respecto de la enferma, Couterot se había prohibido hasta esas insignificantes libertades como la de mirar la firma de una carta dirigida a su mujer y preguntarle: «Te escribe Fulano. ¿Qué te dice?...» Es verdad que un telegrama no es una carta. El mero hecho de haber sido transmitido por un empleado que ha podido leerle libremente, le quita ese carácter de secreto que el lacre da a la más simple carta. Después de un segundo de vacilación, Jorge iba a abrir el telegrama, cuando le asaltó una idea, que no era sino su inquietud de la noche que reaparecía a la primera ocasión:

— ¡Si fuese de Fauriel este despacho!...

Aun permaneció un minuto vacilante, como paralizado ante la brusca acometida de una nueva sospecha. Ahora le fué imposible ya no hacerlo en seguida. Rápido y tembloroso, desgarró el sobre. Al leer la firma creyó desvanecerse. Era la del hombre en torno del cual giraban sus celos desde hacía diez y ocho horas. El telegrama, fechado en Francfort, estaba redactado así:

«Le agradecería infinito mandase preguntar Hotel Ritter si olvidé allí cuaderno dibujos. Dispense gran indiscreción, pero pérdida sería importante para mí, que deseo poner todas probabilidades de mi lado. Caso cuaderno encontrado, suplico enviarle certificado dirección París. Mil perdones. Gracias. Viaje magnífico. Dichoso haberla visto. Respetos y votos mejoría.—Máximo Fauriel.»

Jorge leyó y reluyó esas frases, de una significación bien clara. Conocía bastante a aquel célebre artista para saber que procediendo de él, ese despacho era una cosa perfectamente de acuerdo con su carácter. Fauriel supo abrirse paso, gracias a su éxito, entre la sociedad más elegante, pero permaneciendo el bohemio que ignoró siempre lo que era molestarse. Había encontrado muy natural, pasando por Nauheim y viendo en la lista de extranjeros el nombre de una mujer que conocía un poco y que sabía que estaba muy enferma, ir a visitarla y tener noticias de ella. Aquello era un aspecto de bondad, de una naturaleza afectuosa y apasionada. Le había parecido no menos natural, cuando notó la falta de su álbum de bolsillo, hacérsele buscar por medio de la señora de Couterot, en lugar de telegrafiar al hotel. Ese era el aspecto del despreocupado. Luego, al redactar su despacho, habló del viaje, de la visita de la víspera, de su deseo de un completo restablecimiento de la enferma, todo envuelto. Era otra vez su bonhomía. No habiendo jamás pensado en hacer la corte a Berta, en la cual no había visto antes más que un retrato posible (diez mil francos), ¿cómo iba él a suponer la celosa susceptibilidad del marido? ¿Por qué don mágico de diplopia iba a ver las palabras inofensivas que trazaba su pluma indiferente, deslizarse a lo largo del hilo telegráfico para ir a herir en su espíritu atormentado las fibras más dolorosas? Lo que hace a

los celosos tan desgraciados es que su locura descansa sobre una verdad incontestable: la infinita flexibilidad de los amantes para variar los medios de entenderse. Es muy raro que una correspondencia culpable no se redacte de modo que se preste a las más rotundas denegaciones. La creación de un lenguaje convencional es una astucia elemental y es también elemental para el celoso decirse: «Estas frases tienen doble sentido. Yo comprendo uno. ¿Cuál es el otro?...» ¿Era este el caso en las que Couterot leía y releía, víctima de una verdadera agonía de incertidumbre? Esas cinco sílabas odiosas: «Máximo Fauriel» al pie del telegrama, bastaban para ello.

— Primero hay que saber una cosa—acabó de decirse—. ¿El álbum de dibujos está realmente en el Hotel Ritter?

Hacer esta averiguación era cosa de trescientos pasos. ¿Qué grande pareció aquella corta distancia a Couterot y qué larga la espera en el despacho mientras el secretario procedía a una requisa cuyo resultado negativo no significaba nada! El cuaderno podía haberse perdido en otra parte y engañarse el propietario en sus suposiciones. Para Couterot la sencilla posibilidad de ese error no era admisible y mientras volvía a la villa rumiaba entre dientes el texto enigmático. Su pensamiento chocaba, se estrellaba contra él para venir siempre a la misma conclusión en que terminaban todas sus reflexiones de aquella noche:

— No. Berta no es su querida... Pero ¿y si le amase?...

Para que Jorge se hiciese esta pregunta, aun en aquellos minutos de profunda turbación, era preciso que hubiese dejado densificar entre su mujer y él una extraña neblina de desavenencias. Ese es el castigo del crimen de leso amor de los celos, los cuales llegan

a destruir entre dos seres que viven juntos esa mutua confianza, gracias a la cual el alma de uno es transparente para el otro. Todo en aquella delicada y espiritual criatura desmentía la suposición de que pudiese abrigar un sentimiento apasionado por un arribista de maneras vulgares y toscas, de talento corriente y afectado, de ambiciones tan manifiestamente groseras como Máximo. Esta idea era descabellada. Sin embargo, Jorge la sentía tan dentro de él, que comprendía que esta vez lucharía en vano contra ella. Iba a serle imposible, y se daba cuenta de ello, ocultarle su agitación a Berta, a quien tendría que volver a ver dentro de algunos instantes (consultó su reloj), un cuarto de hora. El tiempo del baño había pasado; el del reposo pasaría en seguida. Si no estaba allí como de costumbre cerca de ella, cuando regresase a la villa, se inquietaría. Iría, pues. Le daría el telegrama. Le explicaría primero por qué le había abierto. Ella tendría el papel entre las manos. Leería esas frases que quizás para ella tuviesen una significación tierna... ¿Y él?... En ese momento, figurándose de antemano la escena, con una precisión verdaderamente dolorosa, se presentó a su mente un proyecto, primero incierto y confuso, luego más claro y más... En alta voz se oyó él mismo decir:

—¡Ah! Sería la salvación. Yo sabría...

Y se encaminó rápidamente hacia la casa. No reflexionaba. No calculaba. Ya tenía, como él había dicho, un medio de saber. Otra voz interior, la de la conciencia, hablaba en él. Se daba clara cuenta de que no tenía el derecho de intentar la prueba que acababa de concebir y hacia la cual se precipitaba con la prisa de un criminal, víctima de esa fuerza de sensación que da a ciertos actos la rapidez, la seguridad y casi la inconsciencia de los movimientos sonámbulos. ¿Qué importaba la orden del médico de

evitar emociones a la enferma?... Couterot había olvidado que lo estuviese. No veía en ella más que una mujer a la que amaba apasionadamente, de cuyos sentimientos dudaba y los cuales una vez más quería conocer. Había imaginado una de esas artimañas de infalible y formidable sencillez que los celosos tienen la habilidad de concebir y la implacable audacia de ejecutar en los arrebatos de su feroz pasión.

— Acabo de saber una noticia horrible — dijo tan pronto como entró en el gabinete donde la esposa le esperaba, echada sobre la *chaise longue*, y ocupada, para matar el tiempo, en un bordado que no la obligaba a levantar los brazos.

— Efectivamente, tienes el aspecto de haberte impresionado — respondió ella.

— Motivo hay para ello — continuó él —: el pobre Máximo Fauriel...

— Fauriel — dijo ella, sin que su voz delatase el menor estremecimiento.

— Ha ocurrido ayer un terrible accidente de automóvil entre Nauheim y Francfort...

— ¿Está herido? — preguntó. Había en su acento un poco de inquietud, pero ¡tan poco!... Era la simple piedad que se despierta en los más indiferentes ante el infortunio humano.

— ¡Muerto!... — respondió, se atrevió a responder Jorge Couterot, y sus ojos espiaban en la fisonomía de la inocente un sufrimiento que, naturalmente, no apareció.

— ¿Muerto? — repitió ella, meneando la cabeza con tristeza —. Y ayer tan contento y tan lleno de ilusiones. Me hablaba de sus cuadros comenzados, de su candidatura al Instituto. ¡Lo que somos!... Pero ¿qué tienes Jorge, qué tienes?...

El desgraciado acababa de dejarse caer sobre una silla, con las manos en los ojos y prorrumpiendo en

llanto. El resultado de su abominable estratagema desvaneció todos los fantasmas de sus celos insensatos, y su honor despertaba. Había en él una mezcla tal de alivio y de vergüenza, de delicadeza y de remordimiento, que sus nervios le traicionaron, e incapaz de fingir más tiempo una comedia, de la cual sentía entonces todo lo grotesco y lo infame, gemía:

— ¡Lo que tengo, hija mía, querida mía, es que soy un desgraciado y un vill Lo que tengo es que acabo de sufrir una de mis odiosas crisis y de dudar de ti, de ti, de ti... Pero te juro que es la última vez... Esa visita de ese hombre ayer durante mi ausencia... Ese despacho, después, que te ha dirigido esta mañana... Ya lo leerás y comprenderás... En fin: he estado celoso y he querido saber si te interesabas por él y hasta qué punto... Por eso he imaginado hablarte como lo he hecho... Te he mentido... ¡Oh! ¡Perdónamel... Ya ves qué vergüenza siento de haber cedido a tan innoble sentimiento. Te amo, Berta, te amo, y esa es toda la explicación de mi locura. Porque he estado loco... No lo seré más. Te lo juro, nunca más... Pero ¿qué tienes tú? Berta, Berta, Berta...

A medida que el marido hablaba, contando en frases entrecortadas la horrible acción que acababa de cometer con ella, el rostro de su joven mujer iba expresando un dolor creciente. Se había incorporado sobre su asiento, fijos sus ojos en aquel verdugo mártir que no había temido, enferma como estaba, someterla a tan siniestra prueba. Con la boca entreabierta, respirando anhelosamente, con voz ya estertorosa, dijo tan sólo:

— ¡Tú has podido hacer esto!... ¡Tú!...

Y llevándose las manos al corazón, que un agudo sufrimiento punzaba, movió los labios sin poder arti-

cular el final de la frase. Había palidecido horrorosamente. El terror de la agonía súbita invadió sus pupilas, que se desencajaron. Su cabeza se inclinó, después su cuerpo... Había muerto. ¡Una vez más Otelo en su delirio mataba a Desdémona, conociendo al matarla cuánto era amado!

1906.